

EL CAFÉ,

ECO DE LA CHISMOGRAFÍA ARTÍSTICA Y LITERARIA.

Este periódico se publicará los días 15 y 30 de cada mes.—Se suscribe en la ADMINISTRACION, calle de Embajadores, 37 B.º izquierda, y en las librerías de Cuesta, Durán, San Martín y L. Lopez.

30 de Octubre de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid un trimestre..... 4 rs.
En Provincias..... 5
En el Extranjero y Ultramar....10

EL CAFÉ.

¡Qué bebida tan agradable es el café! Mezclado con leche es un excelente desayuno; después del almuerzo ó la comida, sirve de digestivo; y á cualquier otra hora puede tomarse tambien con igual gusto.

Hacer el café en casa, en elegante ó sencillo aparato, es un recreo de sobremesa; pasar un par de horas en el café oyendo la charla insustancial y alguna que otra crónica más ó menos escandalosa, no disgusta á nadie: el café es el pretexto en el primer caso para prolongar la compañía, y en el segundo para buscarla.

No hay bebida más democrática que el café: El pobre apura la sencilla taza que le contiene sentado en el escalon de una puerta ó en el pescante del humilde pesetero que guía; el rico junto á la chimenea de mármol, y el individuo de la clase media en el Suizo, en Fornos, ó cualquier otro local de los que llevan el mismo nombre de la bebida; pero mas ó menos costoso, mas ó menos bien servido todo es café: no así el vino, que mientras es de Jeréz de Champagne ó de Madera para unos, solo puede ser de Valdepeñas, ó Chinchon para los otros.

No falta quien atribuya al café dos cualidades que generalmente se creen fatales, por más que no lo sean: la de que es un veneno lento y la de atacar á los nervios y producir insomnio. Si el café es veneno lento, convengamos en que es un veneno casi inofensivo. ¡Hay ahora tantos venenos que no son lentos! ¡Comemos, bebemos y aspiramos tanta cantidad de veneno mortífero y activo! De suerte que el café es el veneno menos perjudicial de los que hoy se usan diariamente.

En cuanto al cargo de que priva del sueño, no pueden negar nuestros lectores que más bien que cargo es un elogio. Pues qué: ¿conviene hoy dormirse habiendo tanta *gente lista*? No ciertamente: quiera Dios que baste andar con los ojos muy abiertos.

El gran consumo que se hace de café, y las bellas cualidades de esta bebida, nos mueven, pues, á dar á esta publicacion periódica el nombre que lleva á su cabeza. En este Café se hablará de todo, menos de política, para no molestar á ningun concurrente; procuraremos que nuestro Café tenga

aroma literario; echaremos en algunos artículos, (por no decir en algunas tazas) más azúcar que en otras, para dar gusto á los aficionados á lo dulce y á los que prefieren lo amargo; le iluminaremos con gas porque el petróleo nos da miedo; y en cuanto á los precios serán en nuestro Café más económicos que en los cafés cantantes y en los cafés-teatros.

A pesar de esta baratura, no serviremos café de achicorias ni de bellotas, sino exquisito Moka; nuestro Café no hará dormir, ni desvelará tampoco demasiado, ni atacará á los nervios más que para reír ó disfrutar agradablemente; procuraremos que concurren á él cuantos literatos distinguidos quieran favorecernos, y haremos, en fin, todas las mejoras que el número de parroquianos (ó de suscritores) nos permita.

Quiera Dios que nuestro Café tenga tanto despacho como el de la Compañía Colonial; tanta concurrencia como el Suizo, y que invitando á tomarle podamos exclamar con Parini:

Ma, se noiosa ipocondria t' opprime
O troppo intorno alle vezzose membra
Adipe cresce, de tuoi labbri onora
La nectarea bevanda, ove abbronzato
Arde e fumiga il grano á se d' Aleppo
Giunto e di Moka che, di mille navi
Popolata mal sempre, insuperbisce.

Ó hablando en castellano,

Mas si enfadosa languidez te oprime
O demasiado en torno de tus miembros
La grasa crece, con tus labios honra
La nectarea bebida en que tostado
Arde, y sube en vapor, de Moka el grano,
Que hasta tí evaia Alepo, envanezida
Con las mil naves que en su puerto flotan.

REVISTA DEL MES DE OCTUBRE.

Octubre es el mes de las aperturas. Para probarlo basta hacer una ligera lista de lo que se abre mientras Octubre gobierna.

Primariamente, ó sea el día uno, se abren las Universidades, con lo cual, como no puedo menos, se abren tambien las puertas de las cátedras, las explicaciones de los maestros, los oídos de los discípulos y el salon de grados. Por cierto que en el año actual, viendo lo desocupado de aquellos

asientos en semejante acto y recordando más brillantes aperturas, podía exclamarse:

Castillo de Santa Fé
¿quién te ha visto...y quién te ve!

En Octubre se abren los teatros: y por consiguiente los bolsillos de los concurrentes y de los abonados: el despacho de billetes y la boca de los actores y cantantes, y en seguida van abriéndose por turno las siguientes cosas.

Las regaderas del cielo, y tras ellas los paraguas, los armarios en que se guarda la ropa de invierno, los almacenes de leña y los de alfombras, las ganas de comer a los enemigos del verano, los bailes domingueros de Capellanes y los salones de la aristocracia con sus correspondientes *buffets*, y el depósito de pulmonías de Guadarrama, abundante proveedor de los cementerios *secularizados* ó católicos.

Verdad es que, en cambio de lo mucho que se abre, también se cierran otras cosas, como las horchaterías que se convierten en almacenes de esteras, el Circo de Price, que se convierte alguno que otro domingo en congreso republicano, el de Rivas que espera la época de los conciertos, las llaves de los faroles del Prado, y muy á menudo las cortinas del cielo que tapan en forma de nubes el azul horizonte; pero váyase lo uno por lo otro, y buen viaje á las diversiones que se ausentan, en gracia de las que vienen.

En el año presente además de lo indicado se han abierto las Cortes, las bocas de los diputados —¡y qué lengua han enseñado algunas de ellas!— y la exposicion de pinturas, que es mas nacional que todas las anteriores porque en ella se admiten y premian cuadros de autores extranjeros. Con la mismarazon se llama *teatro nacional* de la Ópera á uno en que sólo se canta en italiano, ó en latin durante la cuaresma.

Y en cuanto á teatros, no parece si no que las empresas, en vista de lo mal que les fué el año anterior, se han hecho la misma cuenta que el general que decía:—¿No alcanza una bala de cañón? Pues tire V. dos cañonazos.

—No prosperan dos ó tres teatros? Pues allá van seis nada menos de funcion entera y otros seis de los que dan obras chicas ó grandes por entregas de á real, como los literatos que meten sus novelas por debajo de las puertas. Esto sin contar los cafés con escenario, que son innumerables.

Así es que si el Teatro Español atrae gente con *La Beltraneja*, de la cual hablaremos mas despacio, en cambio el Circo no encontró en *La línea recta* el camino más corto para atraer espectadores, ni la Zarzuela, en *D. Pacífico* y *El hombre es débil*, la ganga que el año anterior con *El Molineiro de Subiza*. Por eso, tanto el teatro de la Plaza del Rey, como el de la calle de Jovellanos, han acudido á su antiguo repertorio, preparando nuevos estrenos.

Más desgraciada la empresa que para zarzuelas arrendó el teatro de la Alhambra, nació y murió en los primeros dias de Octubre. ¡Ojalá tenga

mejor suerte, y mejor tambien que la tuvo el anterior otoño la compañía que dirige el Señor Majeroni, y que ha reemplazado á aquella en el mismo escenario!

Entre las aperturas celebradas en Octubre no debo dejar de citar la del *Tram-via* hasta el barrio de Pozas, y le llamo *El*, mientras no me prueben que en castellano hay obligacion de decir, *la dogma, la clima, la diploma, la albacea, la dia, la drama, la baja*, y D. Fulano ó D. Mengano es una canalla. Tambien me convenceré si me prueban á qué género pertenece el artículo *The* puesto antes de la palabra *Tram-way*. En fin, los coches han empezado á correr por los carriles, y cuanto yo puedo desearles es que trabajen sus magnificas mulas en llevar mucha concurrencia.

Entre lo que dan de sí estas aperturas, los paseos y el incesante hablar de política, materia llena de esperanzas y desengaños, van los habitantes de Madrid pasando el tiempo y preparándose para la llegada del invierno que se acerca.

Un dia se agolpa la gente por contemplar cualquier manifestacion y leer los letreros de sus banderas; otro acude á los toros, diversion en que los aficionados siempre encuentran defectos, como los fumadores en el tabaco, pero sin abandonar el vicio; por las noches llena el pasadizo de San Ginés por ver el nuevo teatro de Eslava, y de nueve á cinco acude á pintarse de color de rosa el calzado con el polvo de la exposicion de pinturas, admirando las que están colocadas en el salon de los rechazados.

El tiempo que llega, dicen los filósofos, es propio de la meditacion. Ya lo creo: encerrado entre el frio y el agua ¿quién no deja volar su fantasia pensando en una porcion de cosas, como por ejemplo: en que no puede salir á paseo, en las ventajas é inconvenientes del paraguas, y en el estado de su capa? Por esta razon, las ranas que viven en el agua, y los osos blancos que pasan su existencia entre nieve, tienen un aspecto tan grave y tan meditabundo. No comprendo cómo un hombre del talento de Melendez Valdés tenía valor para saludar la entrada del invierno diciendo:

¡Salud, lúgubres dias! horrorosos
aquilones, salud!

Que al fin y al cabo, si es noble perdonar al enemigo, no es gran muestra de discrecion el dar tales pruebas de cortesía á quien nos trae las pulmonías, las toses y demás adherentes, que es la ocupacion continua de los aquilones.

De todos modos, y para concluir: lo que nadie puede negar es que en el tiempo que entra la mejor ocupacion es tomar CAFÉ.....del que nosotros preparamos.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

CAFE.

Dijo el orgullo á la razon un día:
—¡Me inspiras en verdad lástima y pena!
Dios para reina universal te erfa....
Y el peso arrastras de servil cadena!

Si es infinito tu poder, si abarca
Tu mirada los tiempos y el espacio,
¿Por qué humilde en la fé ves tu monarca,
Y ocupas un rincón de su palacio?

Tiende, oh razón, el atrevido vuelo.
¡No más trabas que anulan tu existencia!
Sube, y penetra en el azul del cielo
Y arranca á Dios el libro de su ciencia!—

Dijo el orgullo. La razón humana,
Dócil oyendo la lisonja impía,
Creyó en su omnipotencia soberana,
Y el vuelo alzó por la extensión vacía.

Desde entonces el hombre, en rudo anhelo,
Vive en lucha mortal con su impotencia;
Y, ni conoce de la fé el consuelo,
Ni Dios le ha abierto el libro de su ciencia.

ANTONIO CORZO Y BARRERA.

25 de Abril de 1866.

A LA GRATA MEMORIA

DE LA EXCMA. SEÑORA

**Doña Concepcion Ponce de Leon,
CARVAJAL Y GONZAGA,**

DUQUESA VIUDA DE MEDINACELI.

SONETO.

Herida por la Muerte que sin duelo
A los reyes y príncipes destrona,
Hoy sucumbió periclitada matrona,
Gloria envidiable del hispano suelo.

De cristiana virtud raro modelo,
Olvidó siempre su ducal corona,
Por lograr la que al justo galardona
En las mansiones fulgidas del cielo.

Fué la madre del pobre y desvalido,
Del que en la cárcel y hospital gemía,
Consuelo en fin del triste y affigido.

En su memoria, á Dios por eso envía
Plegarias mil llorando agradecido
El noble pueblo de la patria mía.

GASPAR BONO SERRANO.

UNA MUDANZA DE CASA.

Cuán felices deben de ser los caracoles! Prescindase de una aberración del estómago humano, que convierte á estos insípidos y deformes animales en elemento nutritivo, aberración que dá lugar á la primera y última de sus desdichas, y júzguese imparcialmente si son, ó no, los mortales mas afortunados de la creación.—Reducidos á los estrechos límites de su concha, especie de gabinete ambulante que les sirve de todo, ménos de comedor, porque ellos siempre comen fuera de casa, sin mas aspiración que la de vivir, en lo que se parecen á la inmensa mayoría de los hombres, aventajan á todos estos, sin embargo, en la fácil satisfacción de sus necesidades, á las cuales acu-

dé su previsor instinto por los más expeditos medios. Una hoja de lechuga, un troncho de col, un rábano, cualquier verdura en fin, bastan á saciar su apetito; un paseo de dos ó tres varas de ida y vuelta es para ellos sobrado ejercicio y conserva admirablemente la elasticidad de los pocos miembros de que plugo á la naturaleza dotarles; el sol es su brasero en el invierno, y los charcos su baño en el estío. Pero nada más cómodo que la sencilla vivienda que los protege contra la intemperie en todas estaciones; la naturaleza, arquitecto mas hábil que Herrera y que Vignola, no les ha dado un palacio, ni una casa; háles dado más bien una funda, sin espejos ni muebles, inútiles para seres que se ensucian en vez de lavarse, que no se afeitan, ni se sientan, ni tienen utensilios que guardar, ni visitas que recibir. Esta casa es, sin embargo, constantemente tan grande como el inquilino; si él crece, crece con él; y en último resultado, si engorda mucho el animal, medios le dá su contextura para encojerse y pasar aunque sea por el ojo de una aguja: ni le apura tampoco la situación de su vivienda; aquí, allá, acullá, donde mejor le cuadra, planta sus reales, y vegeta, y continúa su dichosa existencia, su no interrumpida serie de goces y felicidades, hasta que el hombre inexorable lo coge, lo mata, lo frie, y lo engulle.»

«Tales son los caracoles; tales son esos cornudos vichillos, tan insignificantes para nosotros, que tres de ellos no equivalen á la más mínima de las contrariedades humanas. ¡Cuánto dista, sin embargo, el hombre de la suprema ventura que aquellos en su pequeñez consiguen!»

Estas reflexiones estaba haciéndome días atrás un amigo mío, profundamente impresionado por uno de esos acontecimientos que forman época en la vida de un mortal, de esos que, sin causar una profunda lesión en la honra, en la salud ó en los bienes, tienen, no obstante, el privilegio de vivir perpétuamente en la memoria. Acababa, para decirlo de una vez, de mudarse de casa; y tantas fueron sus tribulaciones en aquella ocasión, que no pudo resistir al deseo de consolarse de ellas depositando la narración de sus tormentos en el seno de amistad, ó, lo que es lo mismo, endilgándome la siguiente relación:

«Estaba yo durmiendo tranquilamente, me dijo mi amigo, cuando unos espantosos golpes dados á la puerta de mi cuarto me despertaron.

—¿Qué es eso? refunfuñé, abriendo solamente el ojo izquierdo.

—Abra usted, señorito; contestó desde fuera una voz femenina que reconocí por la de mi patrona.

—¿Que abra! Señora, si estoy desnudo!

—No importa.

Me alarmé.

—Pero, en resumen, ¿qué quiere usted de mí, doña Susana?

—Nada; es que vamos á comenzar la muda de casa, y están aquí ya los mozos para llevarse los trastos.

—¡Válgate Dios por mudanza! Allá voy: diga

usted á esos cafres que entren cuando quieran.

Un gemido doloroso se escapó de mi boca; saqué la pierna derecha de la cama; suspiré de nuevo; la izquierda fué á colocarse junto á su compañera, y entre las dos me condujeron á la puerta, que abrí con una mano mientras con la otra me frotaba los ojos.

Una ráfaga de viento invadió mi alcoba, é inmediatamente un horrible estornudo me dió á entender que acababa de atrapar un magnífico resfriado. En vista de ello, volví á meterme en la cama, arropándome con la mayor solicitud.

Cuatro valientes astúres entraron á poco en la habitación; uno de ellos cargó con mi baul; otro se llevó la sombrerera y el espejo; y los dos restantes se apercibieron á deshacer la cama para llevársela, sin reparar en mi humilde persona. Al ver su ademan, mi indignación no tuvo límites: coji dos pares de botas que estaban al alcance de mi mano, y las disparé con furia á las cabezas de los marusos que huyeron despavoridos creyéndome loco y gritando á más y mejor.

Libre ya de ellos, me puse unas chinelas y la bata, y me dirigí al escritorio con objeto de vigilar la conduccion de los libros y papeles: tal era mi intento al menos; pero sabido es que Dios dispone, si el hombre propone, por lo cual sin duda me salió al revés la cuenta, ni más ni menos que si me hubiera propuesto dar en España un golpe de estado. En mi gabinete de estudio hallé el más lastimoso espectáculo que han presenciado humanos ojos. Gran parte de mis papeles habia desaparecido; los demás andaban rodando por el suelo, ó esparcidos sobre las sillas. Los libros hacinados en medio del aposento formaban un gran monton en que fraternizaban las *Elegías de Ovidio* con un *Arte de cocina*, y las *Ruinas de Volney* con las *Epístolas de San Pablo*. Parecía, en fin que el génio de la anarquía se habia posesionado de la casa toda, y que trataba de humillarme batiendo sus negras alas en torno mio con particular insistencia.

Tapándome los ojos por no ver aquella desoladora cópia del caos, traté de huir: ¡jemeño vano! los implacables gallegos habian cargado con mi cómoda, con mi ropa, con mi sombrero, con mis botas, con todo cuanto me pertenecía en fin; y privado de medios propios para vestirme y salir á la calle, hube de solicitar del portero de la casa el favor de que me prestara una levita vieja y una gorra de hule; dejándole en prenda mi bata, que acaso valia más que él y que todos sus trapos nuevos y viejos. No bien hube traspuesto los umbrales de la casa, eché á correr en direccion á mi futura vivienda, con objeto de mudarme allí de ropa: pero, ¡oh fatalidad! hizo el destino, que se conoce que estaba de buen humor aquel dia, que encontrase en las calles á una porcion de conocidos, los cuales me miraron al principio con extrañeza, y serieron después descaradamente de mi facha; púseme encarnado de vergüenza, y pálido de coraje, pero pronto me tranquilicé al ver ya próxima la calle de la Cruz, puerto de sal-

vacion en cuyo número 8 debia terminar mi viaje. Así lo creía al menos, y hubiera continuado creyéndolo si no hubiera visto derribada la casa á que correspondia aquel número.

—Oh! exclamé, turbada ya mi razon por la fiebre, ¿quién habrá tenido la osadía de quitar de enmedio el edificio para que yo no entre en él?

En vano busqué, en vano inquire, en vano recorri todas las casas de la calle de la Cruz:—¿No hay quien sepa dónde vivo? clamé al fin en el colmo de la desesperacion: diga V., caballero, añadi dirigiéndome á un señor gordo...muy gordo, que venia silbando la cancion de *les piéces d'or*; ¿quiere V. tomarse la molestia de indicarme las señas de mi casa?

El gordo *dilettante* lanzó una carcajada al oirme, carcajada que resonó en mis oidos con ceo en tan alto grado impertinente, que no pude resistir al deseo de aplicarle la punta de mi babucha entre ambos faldones de la levita: volvióse enfurecido, pero ya yo corría, como alma que lleva el diablo, y gracias al excelente estado de sus carnes trató inútilmente de perseguirme. Yo entretanto seguí trotando, y al dar un largo paso, salió disparada una de mis zapatillas, que se coló, como Pedro por su casa, en una tienda de ultramarinos; de modo que llegué á mi antiguo alojamiento con un pié calzado y otro sin calzar. Mucho se rió la patrona al verme, y no pocas fueron las ganas que me pasé de hacer con ella lo mismo que con el tonel filarmónico á quien habia antes escarmentado; pero era mujer, y no sea, ni vieja, y yo siempre he sido débil para las muchachas bonitas.

—No es calle de la Cruz, exclamó sin dejar de reir; es calle de las *tres Cruces*.

—Ah! ah!

En esto *ah!* se hallaban compendiadas dos horas de amargura, que vi disipadas por espacio de un segundo en un abrazo de perdon que consentí me diera mi risueña patrona. Empecé de nuevo la marcha, y á los pocos pasos me ocurrió comprar un par de botas en la primera zapatería que me viniese á mano. Entré en una de no muy elegantes apariencias, y pedí lo que necesitaba; me probé todas las botas del almacen y en ninguna lograron introducirse mispiés: tales los tenia de hinchados.—Vengan unos zapatos, dije, capaces de servirme de ataúd. Sacáronme, en efecto, unos en que hubiera podido embarcarse Colón con su gente y hacer la expedicion al Nuevo Mundo sin riesgo maldito, y ya en estos tavieron cabida mis fatigados remos. Pero ¡oh dulce sorpresa! en los bolsillos de la levita porteril no habia ni un maravedí, y aunque aseguré al zapatero que le pagaría en mi casa, sin duda no le inspiró excesiva confianza mi gorra de hule, y se negó á dejarme llevar aquellas dos urcas, que sin duda por ironía recibian el nombre de *zapatos*. Tuve que salir de ellos y de la tienda, cubierto el rostro de rubor, y con mi única chinela en el pié izquierdo.

Proseguí mi carrera.

¡Maldicion! ¿No es aquella la linda Pepita, con sus inseparables amigas Angustias y Dolores? Si,

ellas son; las niñas mas espirituales, más burlonas y más traviesas de Madrid. Tres carcajadas suceden á mi descubrimiento. ¡Oh furor! ¿Por qué en vez de ser mujeres delicadas no sois hombres gordos como el de antes? Pasé irritado, y sin saludar, por delante de ellas; una corteza de melon se atraviesa en mi camino, y caigo redondo al suelo, en medio de la silba mas espantosa! Me levanto, no obstante más ligero que el viento y prosigo mi camino al compás de las risas de las muchachas y de las imprecaciones que de mi boca se escapan á pesar mio.

Llegué al fin á mi casa molido, jadeante, constipado, lleno en una palabra, de todas las calamidades posibles, y mi primera exclamacion, al arribar á mi nueva vivienda, fué:—Bienaventurados los caracoles, porque ellos no se mudan de casa.

Aquí dió punto mi amigo á la narracion de sus desdichas; y yo, que andaba dias há á caza de materiales para un artículo, despues de dirigirle algunas palabras de consuelo, me restituí á mi despacho, coji la pluma y trasladé al papel sus aventuras, exclamando alegremente: «¡Ya tengo artículo!»

EPÍGRAMAS. (a)

Ropa en hacer te complaces,
Colás, á tu esposa Nieves:
Haces, Colás, lo que debes;
Pero debes lo que haces.

Un furioso absolutista
Decia:—«El Rey mi señor
Cayó enfermo de la vista;
Pero, gracias al Bautista,
Ya se digna estar mejor.

Retrató á Jacinta Blas;
Y ella, al mirarlo acabado,
Mostró el retrato á Colás
Diciéndole: «—á ver si das
En quién es el retrato.»
Él contestó:—«por la pinta
Creo que ya lo atrapé:
Faz aucha... nariz distinta....
¡Oh, á mí no se me despinta!
FERNANDO SÉTIMO, eh?»

En casa de Blas Izquierdo
El más decente es el cerdo.

El insigne don Canuto
Diez arrobas justas pesa;
Pero la gracia no es esa,
Sino que las pesa en bruto.

—«¿Qué es crisis?» dijo Juanillo
De crisis oyendo hablar:
Y Blas contestóle:—«estar
Sin un cuarto en el bolsillo.

—«¿Qué tienes, esposo tierno?»
Dijo Irene á Baltasar:
Y él, que no queria hablar,
Le contestó:—«Nada! Un cuerno!»

(a) Tomados al acaso de la copiosa coleccion inédita que dejó su malogrado autor.

Ayer tomó Juan café,
Y también lo tomó Juana,
Y Casilda, y Bernabé;
Mas no así Blas.—¿Y por qué?
—Porque no le dió la gara.

Cacofonia Ermeguncia
Leyó en un libro, y creyendo
Que era el síntoma tremendo
Conque el cólera se anuncia:
—¡Ay, exclamó, madre mia!
¡Siento en el vientre un dolor!
Haced llamar al doctor,
Que tengo cacofonia.

MIGUEL AGUSTIN PRINCEPE.

VERSOS DE LUCRECIA BORGIA.

No por su mérito literario, sino por ser de la famosa Lucrecia Borgia, publicamos los siguientes versos castellanos, cuyo manuscrito original se conserva en la Biblioteca Ambrosiana de Milan:

Yo pienso si me muriese
y con mis males finase
descar.
Tan grande amor feneciese
que todo el mundo quedase
sin amar.
Mas esto considerando
mi tarde morir es luego
tanto bueno.
Que deuo razon usando
gloria sentir en el fuego
donde peno.

Estos versos, igualmente que otras cartas de la célebre duquesa de Ferrara, dirigidas á Pietro Bembo, se encuentran expuestos en el salon de manuscritos de la Biblioteca ya citada, detrás de cristales, juntamente con un mechon de cabellos de Lucrecia, encerrado también en un cofrecito de cristal. No se sabe cuándo ni de qué modo vinieron á la Biblioteca; lo que se sabe es que están allí desde mucho tiempo hace, porque se encuentran registrados en los primeros inventarios.

Contiene las cartas un códice en fólio encuadernado en pergamino, indicando que fueron recogidas casi un siglo después de su fecha. Unas están encuadernadas segun fueron escritas; otras recortadas y pegadas sobre una hoja de papel que no parece muy antiguo, y entre todas ascienden á nueve.

La letra de Lucrecia Borgia no es siempre igual; varía en el tamaño, pero no en la forma, y contiene muchas abreviaturas y enlaces. Caracterízalas el usar muy amezado la *i* en vez de la *e* y al contrario.

No hay duda acerca de la identidad de estas cartas, siendo muchas las pruebas de ello. El estilo, la letra, la firma, la direccion, el sello de la casa de Este, las acordes respuestas del Bembo, y sobre todo el testimonio de este mismo poeta, que, ademas de haber puesto en algunas de ellas la fecha, escribió sobre una cartulina de su puño y letra al dorso de los versos de la duquesa, en letras mayúsculas, como si quisiera que todos

lo leyese, lo siguiente: *LVCRETIAE BORCIAE MANUS*, y después en caracteres más pequeños: *Octavo Kal. Junii. MDIII. Ferrariae.*

Nunca hubo cartas tan codiciadas como estas, y puede asegurarse que Lucrecia no tuvo en vida tantos adoradores como ahora que sus cartas se conocen. No hay persona que visite la Biblioteca que no las pida; y á pesar de que se encuentran al lado del código de Leonardo Vinci, aquel ingenio universal que aún nos asombra, no dejan de ser admiradas con preferencia, haciendo olvidar cuanto las rodea. ¿Y por qué todo esto? Porque fueron celebradas por Byron, que como poeta, se volvía loco y se envanecía por haber hurtado en la Biblioteca un cabello de Lucrecia.

Estas noticias, las cartas, y un facsímile de parte de ellas, están publicados en un folleto de 15 páginas por la Biblioteca Ambrosiana, y en su imprenta: Milan 1859.

Soñar despierto.

Atravesado en la acera
como en los rios los puentes,
ronca Farruco, poniendo
por almoadas los cordeles.

Ya de sus cinco sentidos,
si por ventura los tiene,
los cuatro y medio roncando
gran porvenir le prometen.

Ya cargado se contempla
con seis arrobas ó siete,
engordando el Manzanares
con el sudor de su frente.

Ya al impulso de sus brazos
vé un armario como asciende,
hecho espada de Damocles,
á un sotabanco eminente.

Ya lleva sobre ambas manos
los ojos de cien pilletes
en aureos hilos de huevos
de ancho plato de mcengue.

Ya con otras tres colégas,
de enterradores suplente
conduce un muerto en su estuche
á oír el último *requiem*.

Por fin de tantos trabajos
á ver su Galicia vuelve,
y halla contenta á su esposa
y robustos á sus nenes.

Por premio de sus afanes
dulce vejez se promete,
disfrutando sus ahorros
en los rústicos placeres.

Mas ¡ay! para tanta dicha
solo faltaban dos meses,
cuando olvidado de todos
en un hospital perece.

Así tambien el banquero
junta talones y treses,
y llega á ser millonario
la víspera de su muerte.

Así codicia el poeta
ceñir de laurel sus sienes,
y solo tal vez su tumba
es la que ciñe laureles.

Así el soldado en escala
los cadáveres convierte,
y él será pronto un peldaño
para que otros se eleven.

¡Pobre mundo! ¡Pobre mundo!
¡qué divertido es el verte
hormiguero despreciable
que una arenilla revuelvel
Siempre cazando ilusiones,
buscando un *mañana* siempre,
humo que al sol se dirige
y en el espacio se pierde,

JOSE GONZALEZ DE TEJADA.

EL VELOCÍPEDO NAÚTICO.

No bastaba á los aficionados al velocípedo andar por tierra, y han querido tambien colocar en el agua las ruedas de su aparato.

En el estanque del Retiro habreis visto sin duda, ó podeis verlo cualquier tarde, el velocípedo náutico: he aqui el origen y el mecanismo de uno de estos aparatos.

Mr. P...F...hizo en abril de 1870 en el rio Vire experimentos que interesaron no poco á los numerosos espectadores. Montado en un velocípedo náutico, que por sus indicaciones habia construido un hábil carretero llamado Francois, paseábase dicho sugeto por el rio con la posible comodidad. Colocóse despues en el aparato otro asiento para otra persona, y aun cabía en este la tercera.

Hé aqui el mecanismo de este velocípedo, segun puede describirse despues de un rápido examen.

Las partes salientes de estribor y de babor que han de deslizarse sobre el agua, están formados por dos largos y fuertes tubos de zinc cerrados en forma cónica por sus extremos. Une estos dos tubos una plataforma, y allí está el mecanismo con auxilio del cual el piloto, montado en un asiento como el de los velocípedos comunes y con los piés sobre pedales, hace girar una rueda que, por medio de engranajes, pone en movimiento una hélice colocada atrás. Se dirige la embarcacion por medio de una barra de hierro que corresponde á dos timones del mismo metal, colocados á estribor y á babor, en la misma direccion que la hélice.

Suprimiendo las ruedas, que requieren gran fuerza de presion y producen mucha fatiga por lo tanto, y reemplazándolas por una hélice, ha obtenido el inventor una ventaja real sobre los aparatos del mismo género que funcionan en el Sena.

Los experimentos no han sido completamente satisfactorios pero hechas que sean algunas ligeras modificaciones que den más ligereza y permitan virar más fácilmente, es lo probable que el constructor y el inventor queden satisfechos del éxito obtenido.

De todos modos la invencion es sencilla é ingeniosa.

¡BABUCCIOS!

En la Exposicion de Bellas Artes hay algo bueno, mucho mediano, y muchísimo malo.

En cambio, no hay nada de primer orden.

El Sr. Blasco, en lo que va de temporada, ha dado ya dos estrenos al Teatro Español, y segun nuestras noticias, tiene algunas obras más esperando su turno.

Si sigue así, aquel teatro no deberá llamarse Teatro Español, sino teatro de D. Eusebio Blasco.

En los Bufos va aclimatándose la vergüenza.

Los autores de *El retoño de D. Próspero* y de *Chamusquina ó la hija del Petróleo*, han tenido vergüenza de decir quiénes son.

El teatro de los Bufos ofrece un singular contraste. A medida que las actrices van descubriendo sus hechizos, los escritores van ocultando sus nombres.

¡Qué adelantos para la gloria del arte!

El fumar cigarrillos del estanco no carece de ventajas.

Un amigo nuestro ha tenido la paciencia de almacenar los troncos que desde Mayo acá se ha encontrado dentro de ellos, y calcula que con esa leña podrá alimentarse una chimenea durante quince ó veinte días.

—¿Ha leído V. el discurso de apertura de los Estudios Católicos?

—No señor,

—Pues léalo V. si es aficionado á lo bueno y á lo bello. Su autor, D. Leon Galindo, no necesitaba haberlo escrito para gozar de envidiable reputacion como literato y jurisconsulto: pero con él ha acreditado una vez más que es digno de su reputacion.

Hubo un tiempo en que las mujeres no tomaban parte en las representaciones teatrales. Hombres vestidos de mujer hacian el papel de damas. Cuentan, con este motivo, que el rey Carlos II de Inglaterra se impacientaba una noche porque la funcion tardaba en empezar, y el director de escena vino á excusarse, diciendo.—«Señor; la reina no está afeitada todavía.»

—«Lego al criado que me cierre los ojos, decía un avaro en su testamento para mantener la fidelidad del que tenía á su servicio, tantos mil reales y mi posesion de tal parte.» Murió el amo, y el criado pidió la manda á los herederos.—Es nula, dijo uno de ellos leyendo el testamento.

—¿Por qué? preguntó el lacayo.

—Porque mi lio era tuerto y por consiguiente tú no has podido cerrarle los ojos.

Hablábase en cierta reunion de que un sujeto que tenia merecida fama de maldiciente, se habia envenenado.

—Eso es que se ha mordido la lengua, dijo, una señora.

Conocemos á un sujeto, hombre de inclinaciones modestas, el cual, habiéndole exhortado sus amigos á que solanzase al mundo y brillase en él encontró tan aceptable la idea, que se pasó lo mejor de su vida recojiendo trapo y buscando socios para hacer papel en sociedad.

Una vez se le antojó dedicarse á las letras. Llenó de oes un papel, y dijo:—«he aquí unas redondillas bien hechas.»

En otra ocasión metió juntos en una jaula y se propuso sacar cria de una cigarra y un cigarro.

Finalmente, un día que no le sentó bien la comida, se empeñó en hacer entrar en caja á su estómago leyendo de cabo á rabo el *Digesto*, «por ser (decía) lo más contrario á la indigestion.»

PENSAMIENTOS.

Los tontos hacen menos tonterias que los hombres de talento, pero en cambio dicen más.

LABOÛISSE.

Las mujeres son como los principes: muy á menudo otorgan á la importunidad lo que el mérito no hubiera conseguido.

DUQUE DE LEVIS.

Cuando dos hombres disputan es por que entre ellos hay un tonto.

DE VANIÈRE.

Los necios reciben los consejos de las personas discretas, del mismo modo que las personas discretas reciben los de los necios.

ETIENNE COENILHÉ.

Cuando toca la campana á muerto, no es por el muerto, sino porque estés despierto, que será por ti mañana.

SANTOS. (*Día y noche de Madrid.*)

LOGOGRIFO.

Una virtud es el todo muy escasa en estos tiempos; verás, lector, cuantas cosas en ocho letras te ofrezco.

Un poeta, una estacion,
de Italia un famoso puerto,
dos naipes, un reino indio,
un periódico extranjero,

Seis pronombres, un patriarca,
una urgencia, un pensamiento,
la union de dos continentes,
un poema y un adverbio,

Un número cardinal,
otro ordinal, un gobierno,
un rio, un pueblo antiquísimo,
el que manda, un monte griego,

Una catedral, tres notas,
cierto famoso concejo,
el sitio de una ciudad
y lo que sigue al asedio:

El objeto de un discurso,
un digestivo, un incrédulo,
una poesia, un mes,
una division del tiempo,

Una divisa, un plural
femenino el más extenso,
una dolencia, una diosa,
un clerical ornamento,

Una reina á la que todos
poco ó mucho obedecemos,
una nacion, dos parientes,
y de una carrera el término:

Una antorcha, una verdura;
un utensilio casero,
un sacrificio, una bola,
y la limpieza del cuerpo.

Un rey de la antigüedad,
dos nombres no muy poéticos,
una jugada final,
un fósforo y un lamento:

Una fórmula curial,
una actitud, cierto aprecio,
un precipicio, una prenda
de vestir, la luz de Febo,

Un puerto ruso, un ladron
que está gozando del cielo,
y lo que es mas necesario
para dar culto á Himeneo;

Un sér superior á todos,
una planta, un adios tierno,
un estado fastidioso,
y del cobarde el defecto:

Una ciudad de Castilla,
de Asia el poblador primero,
y dos palabras que todos
usamos y yo no entiendo;

El fundamento de un cálculo,
de estrellas un grupo, un género
caro, y para el labrador
el más agradable objeto.

La ruina de los maridos,
lo que cincuenta es á ciento,
el nombre de una mujer,
y un lunar nombre de un pueblo.

(La solucion en el número próximo.)

CHARADA.

Mi *tercera* y mi *primera*
es un acto de alabanza
que con frecuencia á los génios
suele tributar la fama.

Mi *quinta* dicha dos veces
es cargante, es cataplasma,
fruto á veces de un deber,
y otras fruto de una falta.

De la *segunda* y la *quinta*
no hay libre en la tierra nada,
y ora se vé á simple vista,
ora á verlo no se alcanza.

¿Y qué diremos, lector,
de la *tercera* y la *cuarta*?
Apártate, ó vé con licito
si por donde existe pasas.—

¡Oh, *prima*, *segunda* y *tercia*!
más de una vez en tus aras
he depositado yo
mis recuerdos y esperanzas;

¡Ojalá seas por siempre
tercera, *primera* y *cuarta*
por activa, por pasiva,
con salterios y con arpas!—

Hacé ya bastantes años
con *prima* y *quinta* jugaba,
mas ahora ya no las veo
sino entre manos extrañas.

La *segunda* y la *tercera*
están bastante lejanas,
más si vas el Escorial
será menor la distancia.

Quinta y *prima* es apellido
que, si fuera de mi raza,
por no usarlo me pondría
primera, *segunda* y *cuarta*.

¡Ay de tí, lector amado,
si *cuarta* y *tercia* te atrapan!
Serás victima de un pillo,
y darás, ó risa, ó lástima.

Suele estar *tercera* y *quinta*
en cárcel que no es muy ancha
y aunque grite, y vote, y jure,
ni odio, ni piedad alcanza.

La *cuarta*....mas no lo digo,
que ya es tirar de la manta
revelarte que esta sílaba
forma parte de la escala.

El todo, lector, en vano
por encontrarlo te afanas;
es un griego, artista ilustre,
de antes de la éra cristiana

(La solucion en el número próximo.)

MADRID—1871.

IMPRESA DE S. LANDABURU, PLAZA DE LOS CARROS, 2.